

ILUSTRACION
ARTISTICA

Año V

←BARCELONA 7 DE JUNIO DE 1886→

NUM. 232

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA PLAYA DE BADALONA, cuadro de F. Miralles (Fotografía directa grabada por M. Pérez)

SUMARIO

TEXTO.—*Nuestros grabados.*—Desde Roma, por don A. Fernández Merino.—*El ramo de margaritas*, por don F. Moreno Godino.—*Los candeleros de plata* (conclusión), por don Pedro María Barreira.—*Las custodias góticas de nuestras iglesias*, por don F. Giner de los Ríos.—*Viaje a Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.

GRABADOS.—*La playa de Badalona*, cuadro de F. Miralles.—*El vino de Silesia*, cuadro de Eduardo Gruzner.—*La Dolora*, dibujo de Conrado Kiesel.—*Hernán Cortés*, estatua en mármol de Vallmitjana Abarca.—*Arbrigo sepulcral del islote Malipano*.—*Demanda de matrimonio entre los Bagobos*.

NUESTROS GRABADOS

LA PLAYA DE BADALONA, cuadro de Miralles

Miralles es uno de nuestros distinguidos artistas á quienes ha sucedido, no el suelo extranjero, pero sí el mercado que no encuentran en su patria. París ha atraído principalmente su atención, y á las impresiones que ha recibido en la capital de Francia se deben muchos de sus cuadros de género, notables por su elegante factura y saturados de color local.

No, empero, se ha olvidado Miralles del país en que vio la luz y sintió los primeros impulsos del genio; antes bien le consagra frecuentes recuerdos y dá perfecta forma, en notables lienzos, á las notas que apunta en su álbum artístico. El cuadro que hoy publicamos demuestra hasta qué punto observa bien y está en lo justo cuando desarrolla sus observaciones. Todos conocemos esa playa; todos hemos visto repetidas veces á esas mujeres que comparten las rudas faenas de los pescadores; y al encontrarlas en el cuadro de Miralles tales como las hemos visto en la playa de Badalona, fuerza nos es proclamar que eso es la verdad desnuda, quizás demasiado desnuda ó cruda para una obra de arte.

Porque en el cuadro que publicamos, parece como que su autor haya querido demostrar que es capaz de pintar escenas y tipos menos risueños, menos *fashionables* que los tipos y escenas del buen tono parisién, que son su especialidad. Esto quizás le haya llevado á otro realismo menos simpático; lo cual le advertimos no en són de censura sino de queja. Quien, como Miralles, sabe producir la realidad de lo bello, debe evitar la realidad de lo basto, por muy realidad que sea.

EL VINO DE SILESIA, cuadro de E. Gruzner

Existe en las bodegas silesianas un vino tan rancio y fuerte que, según fama, se sube á la cabeza del mismo diablo. A propósito de ello existe en el país una balada popular, y en la balada se ha inspirado el cuadro de Gruzner.

Un bebedor silesiano, de cabeza de hierro y garganta asfaltada, apuesta á trincar con el demonio y á derrotarle en la competencia. Tiene el maligno espíritu una hora tonta, y acude á la cita, como un estudiante inexperto. El bebedor de Silesia apura imperturbable vaso tras vaso y jarro tras jarro; quiere el diablo sostener el pabellón, pero su cabeza se enturbia, sus piernas flaquean, escápase el vaso de su mano y se declara vencido, confesando, ¡oh vergüenza para el poder infernal! que para beber impunemente vino silesiano se necesita haber nacido en Silesia.

Esta balada no será del todo poética, pero se presta para ser tratada en el lienzo, y Gruzner lo ha hecho con éxito completo. El lugar de la escena está bien concebido y ejecutado; aunque se ajusta estrictamente á la verdad, tiene carácter á propósito para una acción en que lo real anda mezclado con lo fantástico. La figura del bebedor es felicísima de expresión, y la del diablo, que conserva el tipo especial de los malignos espíritus alemanes, da una perfecta idea del pesar del vencimiento y de la repugnancia que le inspira el vino caudante de su vergonzosa derrota. No cabe sacar mayor partido del asunto, empleando mayor economía de medios, ni hacer más bella apología de la fuerza alcohólica del vino de Silesia.

LA DOLORA, dibujo de Conrado Kiesel

Dolora es una palabra que hemos inventado no há mucho, por la sencilla razón de que necesitábamos expresar una cosa nueva, una forma de poesía no demasiado española y que por lo mismo carecía de nombre en la tecnología de *las líneas desiguales*, como alguno llamó á los versos. La Academia de la lengua, que no se da gran prisa en poner el idioma á la altura de las necesidades que ocasiona la inventiva, apenas ha consentido en expedir el *regium exequatur* á la dolora; pero, en fin, ello es que la palabra existe, gracias principalmente á Campoamor, que ha puesto de moda la palabra y la cosa. En fin, hoy sabemos que dolora es una poesía rimada (sea dicho sin redundancia), breve en la forma, triste en el fondo, sentenciosa por lo común, y saturada, sobre todo si á Campoamor es debida, de cierta filosofía desgarradora, que para su uso especial se ha fabricado el poeta en quien lo escéptico y lo cristiano andan no pocas veces á brazo partido.

Y ya que nuestros lectores saben lo que es la Dolora, harto comprenderán por qué titulamos así el hermoso cuadro de Kiesel, traduciendo libremente, ó mejor dicho, aplicando una palabra española al pensamiento del artista. Esa joven cantante entona indudablemente una dolora, porque este género poético fué conocido en Alemania antes que en nuestro país, y para la letra de muchas de ellas se ha compuesto música llena de sentimiento. Una de esas composiciones entona nuestra joven, en la cual el artista ha personificado, sin apelar á alegorías anticuadas, el espíritu, la esencia, la poesía de la dolora.

HERNÁN CORTÉS,

estatua en mármol de Vallmitjana Abarca

Los Cuerpos colegisladores de España han fomentado el progreso de las bellas artes, si no con elementos poderosos que el presupuesto nacional no pone á su alcance, á lo menos dentro de los límites de que disponen, después de dar mucha tortura á sus consignaciones. Así, por ejemplo, el Senado posee *La Rendición de Granada*, no porque haya pagado el justo precio de esa admirable obra de arte sino porque tuvo el buen acuerdo de encargarla á un artista ilustre que no calcula sus obras por la cuenta que traen á su gaveta, sino por la aureola que aumentan á su gloria.

Esa protección, tan honrosa para los artistas como para su Mecenas, ha sido causa de que el referido Senado ostente en su salón de conferencias la estatua del conquistador de Méjico que publicamos en este número. Su autor viene de raza de artistas, y de artistas de primera fuerza: sus obras nos demuestran cuán presente tiene aquel célebre mote ó divisa: *Noblesza obliga*. El hijo y sobrino de un Vallmitjana, ó no debía dedicarse á la escultura ó debía estar á la altura del compromiso que le imponía su nombre. Por fortuna suya y del arte, se ha verificado lo segundo.

La estatua del gran conquistador reúne cuantas condiciones son de exigir en una obra de arte: semejanza según antiguos retratos, gallarda presencia, arrogante postura, verdad en prendas de vestir y armas, y una expresión en que andan á vueltas la energía del caudillo y la magnanimidad del héroe. Vallmitjana Abarca ha pagado su deuda de familia y el arte escultórico puede cifrar en él legítimas esperanzas.

DESDE ROMA

EXPOSICIÓN EN LA ACADEMIA DE ESPAÑA

No hace mucho tiempo que informando docto académico acerca de una gramática, decía para acreditar méritos, quepodía servir para enseñar el idioma que el autor se había propuesto. Recordando sin duda penas pasadas, refiriéndose á mamotretos antiguos, que fueron un día textos oficiales, decía que con ellos se habían aprendido las lenguas á pesar de las gramáticas. Probaba esto, como fácilmente se comprende, al par que lo defectuoso de los libros, lo privilegiado de las inteligencias, y todo ello sin querer acude á nuestra mente hoy que vamos á hablar de la Academia de España en Roma.

Hay que afirmar desde luego las privilegiadas condiciones que para las artes tienen nuestros compatriotas por cuanto sobresalen á PESAR de la Academia, que se llama así sin que sepamos por qué. La emulación más que el buen deseo, tal vez más el afán de competir con otras naciones que el deseo de hacer el bien fué sin duda lo que llevó á la creación de este instituto, híbrido compuesto de convento y cuartel, insuficiente para su fin y defectuosísimo en su organización; extremado más, puede decirse que la Academia Española en Roma sirve para probar en el extranjero las mezquindades del Estado español. Desde la cumbre del Janículo, en que está enclavada, se distingue la hermosísima *villa Medici*, en la cual se halla la Academia de Francia: ambas están en históricas colinas; nuestros pensionados tal vez se paseen por el mismo sitio que los soldados del etrusco Pórsenna, que tuvo allí su campamento cuando vino á sitiar á Roma; los pensionados de la Academia fundada por Luis XIV discurren por la agradable colina de los jardines, testigos un día de las deshonestidades de Messalina y del castigo que le fué impuesto por un esposo impulsado más por consejos de un interesado sicario que por su propio deshonore. Entre ellas existe una notable diferencia: los pensionados de Francia puede decirse que están en el centro de la ciudad; bajando la cómoda escalera que conduce á la *Trinidad dei Monti* están en la plaza de España, corazón de la ciudad Eterna, donde todo se encuentra: los españoles están lejísimos, en una altura que fatiga, á una distancia que medida mentalmente cansa ya. Si necesitan cualquier cosa pierden un día, y para verlos hay que emprender una peregrinación más pesada que la de la Cárcel Modelo.

Esto, como vulgarmente se dice, es lo que cae por fuera. Por dentro... es infinitamente peor. Aunque el Diccionario de la Real Academia Española puede inspirar muy poca confianza, consultándolo se ve que ninguna de las acepciones dadas á la palabra, conviene con lo que es esto que se llama Academia. En ella no se encuentran ni clases, ni medios de enseñanza, ni museo, ni biblioteca, ni nada; aquello en resumidas cuentas es una mala casa de huéspedes de la cual es patrón el Gobierno español. Es lo único que le faltaba y lo tiene, debiendo contarse que desempeña el papel á las mil maravillas: alojamiento caro y reducido, pretensiones exageradas y pago anticipado. ¿No es esto lo que se encuentra en las casas de las Escolásticas, Vicentas, Hermenegildas y demás viudas de intendentes y comandantes avecindadas en los alrededores de la universidad y de San Carlos, que buscan caballeros con asistencia ó sin ella para que les ayuden á pagar el cuarto?

Tal vez á muchos de nuestros lectores les parezca exagerado el juicio, por lo que presentaremos claramente los términos y que ellos deduzcan consecuencias: previas oposiciones en que hay que luchar y probar que ya se es artista, se le concede la pensión en Roma consistente en doscientas cincuenta pesetas. Al hombre que ha hecho lo que exige el reglamento para conseguir esta plaza, parece lo regular que se le dejara libre y que cuando más el Gobierno exigiera al fin del plazo una prueba de que el pensionado no había perdido su tiempo, pero desgraciadamente no es así. Llegado á Roma debe acuartelarse en la Academia y pagar el alojamiento: allí no hay un criado que, como en cualquier mediana fonda, les limpie la ropa y el calzado; allí no hay una persona á quien enviar para que avise á un modelo ó para que compre un tubo de color ó traiga un lienzo: todo deben hacerlo ellos ó pagarlo separadamente. En estas condiciones debe abonar si mal no recordamos setenta francos, que en Roma sería mucho pagar estando infinitamente mejor. Si quieren estudiar, como es su deber, han de tener modelo, y poniendo uno solo por mañana y tarde son cinco pesetas al día ó sean ciento cincuenta al mes, que sumadas con las setenta anteriores, hacen doscientas veinte. Quédanle, pues, treinta pesetas, con las que debe comprar lienzos, colores, pinceles y demás si es pintor, y tierra, pago de vaciados y herramientas si es escultor. Como en este mundo el que no se consuela es porque no quiere, de la misma manera que un escritor satírico, hablando del hambre que sufrieron los israelitas en el desierto, decía que era una gran señal, porque el apetito es signo de buena salud, el gobierno, al leer nuestras exactísimas cuentas, puede quedar satisfecho pensando que no resta al pensionado absolutamente nada para comprar una cuerda y ahorcarse.

Pues como decimos, á pesar de la Academia, que por su organización y defectos nada bueno puede dar, los pensionados, más atentos á un porvenir que les sonríe que á un presente lleno de miserias, siguen adelante y en la Exposición que estará abierta cuando nuestros lectores lean las presentes notas, el público podrá convencerse de sus adelantos. En dicha Exposición se advierte desde

luego uno de los más censurables vicios de que adolece la institución: campea entre las demás obras expuestas, un lienzo grande en dos secciones en el cual Maura y Checa, pensionados de pintura, han copiado al óleo uno de los frescos más notables de Andrea Mantegna, joya del arte de que Padua se muestra con razón orgullosa. Dispone el reglamento de aquella casa, que en el segundo año los pensionados de pintura hagan una copia de cualquiera obra notable de las muchas que se conservan en esta patria del arte. ¿Qué objeto se proponen con esto? lo ignoramos. ¿Qué resultado esperan conseguir? ninguno.

Hasta ahora es verdad que la cultura no ha sido condición sobresaliente de nuestros artistas, y desde este punto de vista comprendemos que en el deseo de que la adquirieran, fuesen obligados por el reglamento al estudio de los precursores del Renacimiento en el primer año, á los del Renacimiento en el segundo y en el tercero que estudiaran la escuela moderna, cosa que en modo alguno puede implicar la obligación de hacer copias serviles, que no conducen á nada, y de lo que resulta una tremenda contradicción; en el primer año el pensionado tiene el deber de hacer un estudio del desnudo, que ciertamente sería desechado si no reuniera perfecciones que se deben por completo á las evoluciones del arte en los últimos tiempos, y en el segundo se les obliga á prescindir de todos los adelantos y sacrificar todos los conocimientos para realizar copia de una obra que merece importantísimo puesto en la historia general del arte, pero que en nuestros días hace sonreír pensando en la perulidad de los medios empleados allí para conseguir efectos y en el candor que revela tanto la ejecución como el resultado.

Todavía podía defenderse la necesidad de la copia, cuando se hicieran de maestros que se imponen hoy, como se impondrán siempre. ¿Se han copiado ya las obras de Miguel Angel, que tanto dibujo pueden enseñar á los que más dibujan hoy? ¿Se han copiado los frescos de Rafael, en los que tanto colorido puede aprenderse y que cada uno de ellos es una escuela de composición? Como precursor del primero en la aplicación de la anatomía al arte y en la propiedad de los movimientos, ¿se ha sacado ya todo el partido que puede dar Luca Signorelli? Como armonizador de tonos y maestro de sencillez y dulzura, ¿está agotado el Beato Angélico? Creemos que no, y sin embargo nuestros pensionados sacrifican su tiempo y su dinero; pasan larga temporada en la fría Padua para copiar un fresco de Mantegna medio borrado ya. No queremos decir con esto que el notabilísimo discípulo de Squarcione valga poco, antes al contrario, creemos que vale mucho el que con razón ha merecido ser llamado el Masaccio de la escuela lombarda, lo que afirmamos es, 1.º: la inutilidad de la copia servil llevada á cabo; 2.º: la poca acertada elección del autor, y 3.º: que para copiarlo no valía la pena de tener en Padua á los pensionados tanto tiempo, por cuanto en Roma, en la capilla de Inocencio VIII, hay notables frescos de aquel celebrado maestro, que en nada desdichan de los de Batticelli, Angélico de Fiesola y Leutile de Fabriano, más apreciados que el mismo Mantegna aun dentro de la escuela á que pertenece.

Si el deseo es hacer adquirir á los pensionados una general cultura, un conocimiento más ó menos extenso, se les podía exigir una memoria, en la cual la forma literaria no entrara por nada y en la que manifestaran su particular juicio acerca de las distintas escuelas que tan perfectamente pueden estudiarse en Italia.

Aparte de estas censuras motivadas por el hecho en sí, no podemos menos que afirmar la perfección con que está hecha la copia del *Martirio de San Cristóbal*, última y más notable obra de Andrea Mantegna. Los caracteres del pintor y de la escuela que representa están mantenidos con sin igual verdad y acierto en una obra, la primera tal vez, en la que la perspectiva fué perfectamente estudiada, detalle por el cual ha llamado más la atención y ha sido más celebrada.

Cada uno de los pensionados presenta además su envío de primer año, indicados por nosotros en una anterior revista. Están obligados á remitir un estudio del desnudo, ya solo, ya acompañado de alguna figura más, según lo exija la composición. Cumpliendo, pues, con este deber, Checa ha hecho un simpático cuadro cuyo asunto es: *La ninfa Egeria dictando leyes á Numa Pompilio*. El asunto, como se ve, no puede ser más sencillo, y seguramente que el distinguido pintor hubiera elegido uno más en armonía con sus condiciones si no se hallara cohibido por un reglamento redactado á la española, que es lo más que puede decirse. A un pensionado, que lo es porque probó que era artista, no se le puede obligar á esta cosa ó á la otra; hay que dejar libre su fantasía para que aproveche lo que Roma enseña y lo que Roma inspira; procediendo así, Checa hubiera realizado una composición más amplia, no le hubiera resultado un estudio de figuras mitológicas, que por perfectamente hecho que esté, como lo está, no dice nada á los modernos, porque á los antiguos ilustrados decía también muy poca cosa. Frescas de color y seguras de línea, el artista ha trazado dos figuras que seguramente llamarán la atención: tal vez el conjunto del cuadro le hubiera resultado más agradable si en vez de darle por fondo los pardos muros de la gruta cercana á la puerta Capena, le hubiera dado la espesura del bosque de Aricia, donde según la antigua tradición se aparecía al segundo rey de Roma la ninfa inspiradora de sus leyes; pero Checa ha atendido más al desnudo y ha hecho perfectamente: es lo que resulta más cuidado, es lo que resulta casi perfecto, pues á pesar de

la completa desnudez se le mira como deben ser miradas las ninfas. Comprendemos perfectamente que Numa no podía ser un tipo de rey de los que ahora se estilan, pero nos parece que el artista ha incurrido en el extremo contrario; resulta tosco y un poco duro; hay allí un alarde de fuerzas que no es necesario, ni aun para grabar en mármol.

Maura, tan bueno y simpático como su digno compañero, ha escogido un asunto menos nuevo: *Susana sorprendida por los viejos al salir del baño*. Desde el siglo XV la casta Susana, como generalmente se llama al personaje bíblico que se desnudaba completamente en un jardín para bañarse, ha servido de asunto a un número considerable de artistas: en el Louvre y en el Belvedere de Viena hemos visto cuadros de aquella remota época, divididos, para mejor poder presentar la historia completa. Después, el momento más celebrado que caracteriza a la notable hermosura de la tribu de Judá, ha servido, si no recordamos mal, a Pablo Veronés, que lo ha pintado cinco ó seis veces, al Guercino, á Carraccio y á Murillo; Rubens no podía menos de aprovechar un asunto que tanto entraba en sus aptitudes, y lo mismo ha hecho Van Dyck, cuyo cuadro, como el de su maestro, se encuentran en Munich; Rembrandt ha aprovechado también este incidente bíblico, en el que se han ejercitado los más hábiles grabadores de todas las escuelas. Como se ve, el asunto no es nuevo, y en sí, tal como se ha concebido por todos los artistas, sin entrar en detalles de ejecución, esto es, presentando completamente desnuda á una mujer hermosísima, perfectamente formada y excesivamente voluptuosa, sufrió ya el justo ataque de Proudhon, contra el que la única defensa es declarar que, poco moralistas y filósofos, los pintores atienden más que á la verdad que dicte la razón, á las ocasiones que se presentan para pintar, con ciertas excusas, cuidadísimos desnudos. Maura podrá no haberse sentido inclinado, pero estaba obligado á hacer un desnudo y la Biblia le presentó á la mujer de Joaquín en tal estado: la moral estaba salvada, y de todos modos, preferible es esto á pintar un interior de harem ó alguna turca en el baño, pues aun los más pudibundos preferirán una mujer desnuda por desgracia á una mujer desnuda por gusto.

En su cuadro Maura se revela buen dibujante y hábil colorista, que irá mucho más allá con trabajo y constancia; pero atentamente considerada la obra, se ve que ha cuidado con singular esmero el desnudo á costa de todo lo demás. La Susana que nos presenta es una hermosísima joven, tan hermosa como el artista la ha soñado, pues aquella corrección no la da ningún modelo. Tal vez este sea su único defecto: en aquella figura no hay la natural descomposición que debe resultar en una señora que se ve sorprendida al salir del baño; aquélla parece una coqueta joven que se esfuerza en mantener toda su belleza á pesar de todo; como desnudo, volvemos á repetirlo, está bien ejecutado, es correcto, es bello. Los viejos valen poco: los de la Biblia no sedujeron á Susana; los de Maura tememos que no van á seducir á nadie.

Pensionado como paisajista está Esteban, quien presenta un trozo de verde prado de la histórica y accidentada Bretaña. Una de las cosas más difíciles en este género de pintura es evitar lo convencional hasta el punto de que la naturaleza resalte verdaderamente. Esto que llamamos convencional, ha resultado en un gran número de paisajistas á causa de un procedimiento equivocado: salen al campo y toman una serie de apuntes más ó menos grandes; con estos apuntes combinan después el cuadro, lo componen, digámoslo así, y ajustan por último la luz de modo que armonicen los verdes y los grises de una manera bonita, ya que no bella. El paisaje realizado así resulta duro necesariamente, seco, falto del gusto que al alma del artista lleva la contemplación de la naturaleza; más que cuadro constituye una prueba de color, hecha en el estudio, teniendo por modelo recortes de latón iluminados con anilina. Afortunadamente nuestro compatriota ha realizado su obra con los medios conducentes al fin que puede apetecer un verdadero artista, y lo ha conseguido. El paisaje que Esteban envía en su último año de pensión revela gran aptitud para el género que cultiva: en su contemplación se ensancha el alma, frente aquel cuadro se ve la naturaleza verdadera, la asombrosa naturaleza, en presencia de la cual hay que lamentar con Goethe no ser más que un hombre.

(Concluirá)

A. FERNÁNDEZ MERINO

EL RAMO DE MARGARITAS

POR DON F. MORENO GODINO

I

El general D. Blas Arizcum, después de haber cumplido con su deber en la guerra civil, pidió el retiro, para descansar de sus glorias y fatigas.

Era de corta estatura, musculoso, ágil todavía, de ojos vivos que contrastaban con sus grises cabellos y con su blanco bigote.

Esto, en cuanto á la parte física; respecto á la moral, tenía un carácter algo raro y arrebatado, pero un excelente corazón.

Según él decía, nunca había tenido tiempo de hacer la maniobra de casarse; así es que en su vejez sintió los movimientos de espíritu inherentes á casi todos los solteros que no son malos; esto es, la necesidad de crearse

una familia, basada en su afición á los niños; y para conseguirlo, cifraba sus esperanzas en un sobrino suyo, joven de veinte años de edad, á quien había servido de tutor y de padre.

Se vanagloriaba de haber sido un Tenorio en su juventud, y declarado en retirada ante las mujeres, hizo cazador encarnizado; por lo cual, vivía el menos tiempo posible en Madrid, pasando la mayor parte del año en una buena casa de campo que poseía, situada en los alrededores de Alcalá de Henares.

No bien su sobrino Santiago, que era huérfano, cumplió catorce años de edad, el general le sacó del colegio de la Escuela Pía de la calle de Hortaleza, y se le trajo á Alcalá, haciéndole participar de su vida campestre; y en verdad que obró cuerdate, porque Santiago tenía una organización débil que era preciso robustecer.

Tío y sobrino eran poseedores de una buena fortuna, y como éste hubiera mostrado desvío hacia la carrera de las armas, no quiso aquél contrariarle, reservándose para más adelante elegir una carrera, que en último extremo no era necesaria.

Sentóse admirablemente á Santiago la vida del campo, hizo cazador incansable y desarrolló su naturaleza hasta transformarse en un gallardo y robusto joven.

Al verle, su tío guiñaba el ojo como diciendo:

— ¡El picarón! ¡qué guapo se ha puesto! ¡á cuántas pasará á cuchillo!

Pero Santiago no pasaba á cuchillo á nadie y mucho menos á las mujeres, porque apenas se atrevía á mirarlas y ¡cosa rara! cuanto más bonitas le asustaban más.

Su timidez era monumental.

Al ver á una mujer se turbaba, atascábasele la voz en la garganta, y sólo pensaba en huir de ella en vez de saludarla.

¡Pobre Santiago! una sonrisa, una mirada intencionada producíanle una contracción parecida al efecto que causa un golpe en la boca del estómago.

¿Háse visto cosa semejante?

Y sin embargo, Santiago conquistó una inmensa reputación de calavera, de libertino y de audaz.

¡Juicios del mundo!

II

Una mañana, el general paseaba por la huerta de su casa, siguiendo la sombra proyectada por una tapia paralela al río Henares. Oyó voces y risas de mujeres que estaban lavando, y el nombre de su sobrino repetido con frecuencia.

— El señorito Santiago es un atrevido, — decía una voz; — el otro día, al anochecer se encontró, ó se hizo el encontradizo, con la señora Vicenta, que volvía á Alcalá, y quiso darla un abrazo.

— ¿Con la viuda del carabinero?

— Sí.

— Pues no repara en pelillos, — observó otra voz juvenil; — la viuda no tiene nada de particular.

— Pues ahí verás. Lo cierto es que por milagro pudo zafarse de él.

— Envalentonado con la faja de su tío, todo lo atropella.

— Pues está muy mal hecho.

— Ya lo creo.

— No, yo ya estoy prevenida, y si me encuentro con él...

Al general, que no perdía palabra de esta chismografía de lavadero, se le caía la baba de gusto.

— Es como yo era á su edad, — pensaba, — tiene desarrollado el órgano de la acometividad.

— El mejor día va á haber un escándalo, — dijo la mujer que había hablado la primera, — creo que la Vicenta va á dar parte.

— ¡Pues no es poco delicada! no se armarían malos líos si todas hiciesen lo mismo.

¡Pobre Santiago! el incidente de su encuentro con la Vicenta tenía un fondo de verdad; pero era todo lo contrario de como lo comentaban.

La viuda del carabinero se ocupaba en lavar y planchar ropa y tenía buenos parroquianos en Alcalá y entre las personas pudientes que habitaban en los alrededores.

Una de ellas era el general.

Vicenta era lista, burlona y coqueta. Pronto caló, como vulgarmente se dice, al tío y al sobrino. Una tarde, al anochecer, volvía á su casa, situada en las afueras de la ciudad, y viendo venir á Santiago por la misma senda que ella seguía, se le ocurrió una broma.

Había ya mucha oscuridad; antes que el joven llegara se ocultó entre unos jarales, y cuando éste pasaba se acercó á él precipitadamente, fingiendo tomarle por otro, y abrazándole con efusión, exclamó:

— ¡Gracias á Dios, Pedro! creí que no venías.

Santiago se quedó inmóvil y asustado, pues había sentido el contacto de una mujer.

Se desasí de sus brazos y dijo balbuceando:

— Usted se equivoca.

Y sin esperar á más explicaciones se alejó á buen paso, mientras la socarrona Vicenta apenas podía reprimir una carcajada.

III

La misma tarde del día en que el general oyó los comentarios del lavadero, por vía de paseo, fué á casa de la viuda, que, como ya se ha dicho, vivía en el arrabal.

Encontróla planchando.

— Buenas tardes, Vicenta.

— Santas y buenas, señor general. Ramona, acerca una silla.

— He sabido la escaramuza que tuviste con mi sobrino la otra tarde.

— ¿Qué escaramuza? — preguntó la viuda, no acordándose ya de nada.

— ¡Bah! ¿Te haces la desentendida? ¡Tanto mejor! Había oído lo contrario. ¡Vaya! Toma, para que te hagas un vestido, — y puso sobre la mesa de la planchadora dos monedas de cuatro duros. — Mi sobrino es un D. Juan Tenorio, pero ¡qué se ha de hacer! No le toleres nada, siéntale la mano á ver si se refrena, pues el mejor día va á tener un disgusto.

Vicenta que vió en perspectiva un pequeño filón y que era muy despreocupada, afectó un aire de resignación modosa y dijo:

— Es verdad, señor D. Blas; el señorito Santiago tiene mucho... arranque; yo me he aguantado por consideración á usía...

— Y yo te lo agradezco. Ya calentará las orejas á ese galopín. Nada, nada, cuando te ocurra algo dímelo. ¡Pues no faltaba más! ¡atreverse á las mujeres, así de sopetón y en el campo!

El general se fingía indignado, pero en su interior se bañaba en agua de rosas.

Algunos días después, cuando Vicenta fué á llevar la ropa limpia á D. Blas, le dijo, estando solos:

— Mire usía, señor, yo lo siento; pero no se trata de mí, yo soy una mujer hecha y derecha y viuda, pero las cosas de las jóvenes son muy delicadas...

— ¿Qué es ello? vamos á ver, ¿alguna nueva fechoría de mi sobrino?

— Ramona, mi ayudanta, es una niña de diez y ocho años y...

— ¿Y qué? vamos.

— Que la otra tarde se propasó con ella el señorito. ¡Si la hubiera visto usía! llegó á casa encarnada como una cezeña.

— ¡Pero ese chico es el diablo! — exclamó el general. — Toma, da esos cinco duros á Ramona, para que se ferie.

Estas aventuras que ni D. Blas ni la viuda trataron de ocultar, cundieron por todas partes, y un incidente originado en consecuencia, puso el sello á la reputación de Santiago.

(Continuará)

LOS CANDELEROS DE PLATA

(Conclusión)

Ni de balde los queremos; traerían á nuestra casa la desgracia que ha arrojado á Cosme de la suya. — Y como la llamada casa de Cosme era en realidad de otro que la tenía alquilada al pescador, ese otro advirtió á la atribulada vieja que en vista de sus circunstancias, necesitaba la llave ó el importe anticipado de un año de arrendamiento. Añádase á lo dicho que cuando el hambre grita no hay para hacerle callar más argumento que la comida, y se comprenderá que aquella mujer se decidiera, como se decidió, á implorar la clemencia de las pocas personas de que hasta entonces había huído instintivamente: el señor Liberato, la señora Agueda y el hojalatero.

Estaba cerca de la plaza: la noche iba cerrando, y el monótono ruido de interminable martillo, revelaba que en la hojalatería se trabajaba aún Trémula y haciéndose grandísima violencia se acercó la vieja á la ventana. Quiso hablar y no pudo; pero el menstrual, que la vió, dijo, dirigiéndose á un aprendiz:

— ¿Dónde has oído tú que hoy metían en la cárcel á la señora Decorosa?

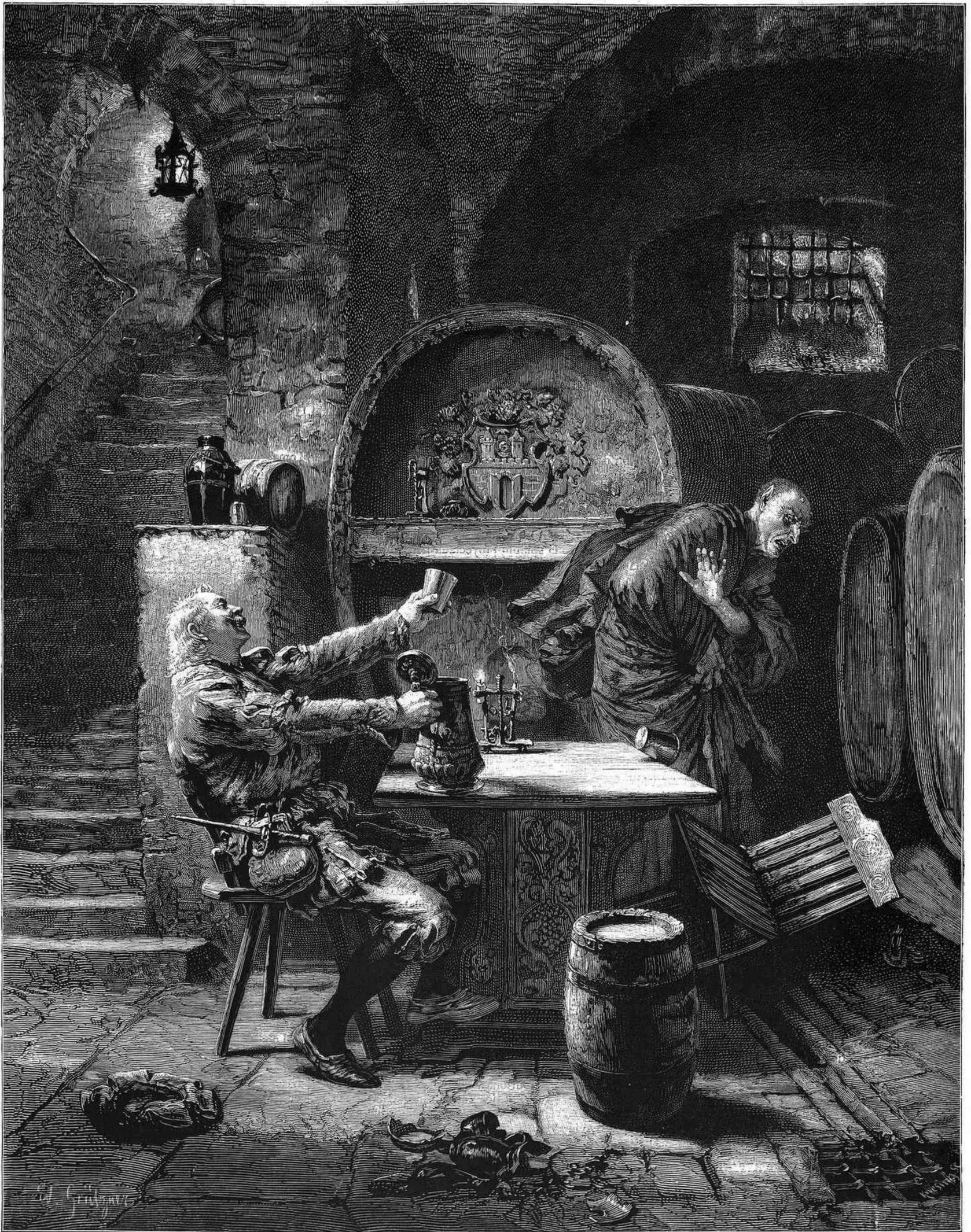
— Lo he oído en la Palma á un alguacil.

— Pues mira á la ventana y verás que el alguacil es un embustero.

— Será; — contestó el muchacho después de mirar y no ver nada.

La aludida, al oír la pregunta del hojalatero, había huído lo más de prisa que pudo: llegó á su casa, se acercó á tientas al jergón, del que sacó puñados de hojas de maíz hasta que su mano tropezó con un objeto que envolvió en su delantal; y al cabo de breves instantes, más bien arrastrándose que andando, porque contra la debilidad y los años no hay voluntad ni piernas que basten, salió de la villa y se internó en los montes, siguiendo las sendas que le parecían menos frecuentadas. Muchas veces buscó apoyo en los troncos de los pinos: muchas se recostó sobre duros peñascos, sin fuerzas para continuar caminando; pero aquí la voz de un campesino que estimulaba á sus bueyes á bajar casi entre tinieblas por empinadas cuestas, ora tirando, ora evitando ser arrollados y arrastrados por la pesada carreta; allí los ladridos de un perro y el balido de las ovejas que volvían al aprisco; en un sitio el ruido de herraduras, vago al principio, luego claro y distinto, que denunciaba la proximidad de un jinete; en otro, el eco de las campanas del convento de las monjas dominicas que tocaban al rosario, eco que el viento llevaba desde el valle á la cumbre; y sin cesar los confusos rumores de las olas que chocaban en los escarpados riscos de la costa, le producían terrores espantosos y bríos momentáneos que aprovechaba para avanzar algunos pasos en su penosa marcha.

— Me muero, — decía, — me muero; pero no iré á la cárcel ni se acercarán á verme en ella los que me han nega-



EL VINO DE SILESLIA, cuadro de Eduardo Gruzner



LA DOLORA, dibujo de Conrado Kiesel

do un pedazo de pan y me han llenado de injurias. ¡Si pudiera llegar hasta Baredo! Los aldeanos se compadecerían de mí; repondría mis fuerzas... luego en el faro de cabo Silleiro... luego en Villasuso... luego en la Guardia... luego pasaría en la barca a Portugal, y entonces... entonces vendería el candelero. Todos dicen que yo lo he robado, ¡pero que lo prueben! ¡Oh!... si Ourogue no hubiera tenido aquellos papeles, Socorro sería la ladrona, el mi nieto la aborrecería... y me entregaría de nuevo todo lo que ganase. ¿La aborrecería?... aquel empeño en que nadie se acercase a la cama... aquello que dijo de que hay madres peores que las fieras y de que todos confesarían al fin que esa bribona es inocente... ¡Maldita huérfana! suya es la culpa de cuanto me pasa. Pero me estoy muriendo. ¡Tengo calor... tengo frío... frío hasta en los huesos!...

Cerca de la media noche salió la luna y la vieja sintió en su alma un estremecimiento de alegría al ver destacarse sobre el fondo azul del cielo la torre de la iglesia de la aldea. ¡Allí estaba Baredo! Allí la esperanza domadora de penas, sobresaltos y contrariedades. Algunos esfuerzos más y llegaría a la población: descansaría en el umbral de una puerta hasta el amanecer: los más madrugadores la socorrerían: todo cambiaría de aspecto y en la odiosa Bayona no volverían a tener noticias de la fugitiva. Esto le decía su espíritu a la vista de la torre; pero la materia había ya dado de sí todo lo que podía, y aquella desdichada criatura momentos después notó que sus ojos se nublaban, perdió el conocimiento y cayó en tierra *como cuerpo muerto cae*.

Sin duda lo tenía decretado así la justicia divina: porque ni la humana pensaba en Bayona volver a ocuparse del robo del candelero, ni lo que el aprendiz del hojalatero dijo a éste era más que una equivocada interpretación de las palabras: «¡Hoy mismo dormiré en la cárcel!» que oyó a un alguacil sin saber a quién se referían, ni acudiendo la miserable a casa de Ourogue hubiera tenido que huir, porque mientras ella se encaminaba a los montes por el valle de la Trinidad, el viejo pescador, á ruegos de Socorro, la buscaba en su abandonado albergue llevándola provisiones y la promesa de entregarle para su sostenimiento todo lo que produjese el bote recién construido en el Panjón.

— ¿Se habrá tragado la tierra a esa condenada? — exclamaban las familias de los pescadores, echando de menos a la señora Decorosa; pero el primer día de mercado se supo por un aldeano que la habían encontrado casi yerta en el camino antiguo y que ya ocupaba un hoyo en el camposanto de Baredo.

Al cabo de dos años, el abad de Vilar devolvió al convento el candelero robado, con un papel que decía: «Recibido de un penitente bajo secreto de confesión.» Con este motivo la novia de Mourelo, cuya alma hermosísima era como el sándalo, que llena de aroma al cuchillo que le hierde, tomó a su cargo rehabilitar la memoria de la que tan mal la había querido, consiguiendo generalizar la opinión de que puesto que la señora Decorosa había fallecido dos años antes en una aldea cercana y puesto que en un pueblo cercano acababa de restituir el candelero un penitente, era un acto de justicia no achacar el robo a la difunta.

El calafate de marras, deseando sin duda que donde una persona se levantaba otra cayese, mientras en la playa de la Palma metía estopa en las junturas del casco de una lancha sostenía conversación con las mujeres que componían las redes ó hacían *crochet* y con los hombres que colocaban los cordeles y anzuelos de sus aparejos de pesca en las banastillas.

— Desde hoy, — decía, — no se puede hablar mal de la muerta.

— Ni de nadie, porque está visto que es muy fácil equivocarse.

— Eso conforme y según. Todos creímos que Socorro era la ladrona.

— Y todos nos equivocamos.

— Y ahora resulta que es un penitente cuya modestia no le permite decir su nombre.

— Ni hace falta. ¿Podrá evitar que lo sepa Dios que le ha de juzgar?

— Claro que no. Pero vuelvo a lo que iba diciendo. Desde el momento en que no se puede hablar mal de la señora Decorosa, tampoco se puede hablar bien de Cosme.

— Ya quisieras tú valer la mitad de lo que él vale.

— Yo no he abandonado a la mi abuela como si fuera un perro.

— Como que la tu abuela tuvo el talento de irse al otro barrio antes de que tú nacieras, para no conocerte. Además, de Cosme nunca ha habido nada que decir.

— ¿A que vais a volveros atrás, poniendo como un trapo a la abuela?

— Nadie se vuelve atrás ni nadie embrolla el asunto más que tú. Que la señora Decorosa no robara el candelero, ¿qué tiene que ver con que diera ó no diera motivo a Cosme para hacer lo que ha hecho?

— Nunca hay motivo para dejar a los padres morir de hambre.

— Esa es una verdad como un templo; pero también puede ser verdad que Cosme se haya ido contra todo su gusto.

— ¡Puede! ¡puede!... lo mismo es posible todo lo contrario.

Una silba general contestó al calafate, que cerró el pico y siguió metiendo estopa en las junturas de la quilla de una lancha.

Al cabo de otros dos años volvió Mourelo a Bayona, después de haber pasado cuatro sirviendo en barco de rey; y Socorro, que tenía mil quejas que darle y mil cuentas que pedirle, porque ni se despidió de ella al marchar ni le había escrito una sola vez en tanto tiempo, se las compuso de manera que antes de formular el primer cargo se encontró estrechamente abrazada, envuelta en una mirada de fuego, de amor y de alegría sin límites, y embelesada por el eco de la voz más dulce a su oído que la llamaba: «¡Miña vidiña!» y claro está, la pobre muchacha sintió que el corazón no le cabía de gozo en el pecho, y cuando logró dominar la emoción que la embargaba ya había dicho sin pensarlo: — ¡Cosme! ¡oh!... desde hoy no te separaré de mí más que la muerte.

¡Vaya V. después de esto a ocuparse de cuentas y quejas! No era posible tal cosa, y aquella paloma sin hiel tuvo que contentarse con pensar que las cosas no podían quedar así, que estaba enojada, pero muy enojada, y ofendida, pero muy ofendida, y que aprovecharía la primera ocasión que se presentase para hacer ver que con ella no se jugaba. Todos los pescadores se regocijaron de la vuelta de su compañero; todos a porfía querían contarle los detalles de la pesca durante su ausencia, la vida del bote Socorro desde que le bautizaron, la restitución del candelero en Vilar y la obra piadosa que Socorro había llevado a cabo propalando que era injusto el anatema que pesaba sobre la memoria de la señora Decorosa. Por su parte, el señor Liberato dispuso que la boda se celebrara sin perder momento; y como nadie podía disputarle en aquel acto solemne el papel de padrino; y como en calidad de tal tenía el deber de echar la casa por la ventana, el día que al pie de los altares se juraron los novios fidelidad eterna, obsequió a la marinería con una comida en que, amén de otras menudencias, se consumieron una ternera, unas cuantas docenas de pollos y gallinas, algunas arrobas de pescado que desde las lanchas fué a las sartenes; una carga de confites de Vigo; muchas cántaras del áspero y endiablado vinagre que los bayoneses fabrican con el pomposo nombre de vino y no pocas botellas de aguardiente. La banda de música de la villa estuvo todo el día tocando bailes de *agarradillo* con gran alborozo de la gente moza, y desde el amanecer hasta que cada mochuelo se fué a su olivo, cruzaron los aires más cohetes y globos de papel de colores que algas echa a costas y playas el mar de fondo.

Cuando por la noche, después de dejar solos a los héroes de la fiesta en su casa, la concurrencia se diseminó elogiando a boca llena a la novia, al novio y la esplendidez del padrino, éste, quedándose unos instantes con Socorro y Cosme, dijo al recién casado: — Aquí tienes en un taleguillo las nueve onzas y media que te dieron cuando te vendiste para servir en barco de rey; otras trece y media que ha producido el bote desde que se construyó y las seis que me diste el día de tu vuelta como ahorros del tiempo que ha durado tu empeño. Con ellas he puesto diez onzas más que Socorro ha economizado desde que dejó de comprar muebles y trebejos: otras diez que la mi mujer y yo le damos de dote, y cuatro que han producido algunos negocios en que he invertido vuestros fondos según iban llegando a mis manos, para no tenerlos parados. Además, desde hoy tú serás el patrón de mi gran lancha espinelera: de modo que no sólo tenéis ya casi un dineral, sino que por poco que Dios os ayude, y os ha de ayudar mucho porque los dos lo merecéis, vais a ser pronto más ricos que yo. ¿Estáis contentos de mí?

— ¡No haría más un padre! — exclamaron arrojándose en sus brazos marido y mujer.

— Pero, — añadió Cosme, — y el patrón actual de la lancha?

— Ese va ya siendo viejo. Necesita descanso. Quedará en mi casa y hará la vida que yo hago. Más adelante, cuando tengáis hijos, nos dedicaremos los dos a ser niños. Y no digo más, que aquí estoy estorbando.

Al día siguiente ya sabía Cosme que si Socorro al volver de Mondariz lloraba sin consuelo después de asegurarle que sus calumniadores habían dado el golpe en vago, era porque su corazón le advertía que la enfermedad de él y la deshonra de ella se debían a la señora Decorosa; y asimismo sabía Socorro que si Cosme, repuesto de la congestión, permaneció en cama mucho tiempo sin consentir que nadie se le acercara, era porque notando en su enfermedad entre las hojas del maíz del jergón un cuerpo duro, trató de sacarlo y resultó ser el candelero.

— Nunca, — dijo el pescador, — habíamos hablado en mi casa de nuestros amores. La mi abuela creyó siempre que solo ella podía tener derecho a mi cariño y al fruto de mi trabajo, y yo pensaba evitarle el disgusto de demostrar que se equivocaba hasta que hubiese absoluta necesidad de que lo supiera. Debía, sin embargo, estar enterada de todo, pues si no se supone que quiso impedir nuestra boda no se comprende que verificara el robo, haciendo que te lo achacaran a tí, ni que fingiendo defenderte me contara *lo que se decía*, ni que al observar que la justicia no te echaba mano añadiera a tantas infamias la de atribuir un origen vergonzoso a la conducta del juez. Con el deber de salvarte yo tenía el de no acusar a la verdadera ladrona. No me separaré del candelero hasta que el señor Liberato regrese, me dije; si él salva a Socorro sustituiré a un marinero de guerra; si no la salva, presentaré el objeto robado confesando que soy el ladrón. ¿Quieres saber ahora por qué en un día tan alegre te cuento cosas tan tristes? Para que veas que mi alma no tiene secretos para tí. ¿Quieres saber también por qué no te he escrito durante mi ausencia? Porque tú me hablarías de la que no he perdonado hasta que he sabido que ha muerto, y yo necesi-

taba para poder vivir que nada me recordase la causa de nuestros males.

No pasó mucho tiempo sin que Cosme confiara a su mujer un nuevo secreto: había averiguado que el abad de Vilar, nombrado párroco poco antes de la restitución del candelero, se hallaba accidentalmente en la aldea de Baredo, en la misma casa donde recogieron a la vieja el día en que la encontraron casi yerta en un camino, y de esto deducía que dicho sacerdote a la buena obra de ponerla bien con el cielo por medio de la absolución de sus culpas, había agregado la de ponerla bien con el mundo, reteniendo el objeto robado y enviándolo al convento al cabo de dos años desde una población diferente, sin lo cual todos dirían para sus adentros: — La señora Decorosa, ladrona; Cosme, nieto de una ladrona; Socorro, mujer del nieto de una ladrona.

El nuevo patrón de la gran lancha de Ourogue dió con sus dulcísimas confianzas ocasión a que su compañera, cada vez más enamorada de él, le convenciese de que la señora Decorosa, lejos de destruir la felicidad que disfrutaban, había contribuido a hacerla mayor, proporcionándoles, con el retraso de la boda, los medios de reunir un capitalito suficiente para librarles de la precaria existencia que arrastran los que con redes y aparejos tienen que buscar en el mar el pan de cada día. En cambio, Socorro no llegó a encontrar oportunidad para dar las quejas y pedir las cuentas con que debía demostrar que con ella no se jugaba.

PEDRO MARÍA BARRERA

LAS CUSTODIAS GÓTICAS

de nuestras iglesias

I

España es uno de los pueblos donde menos se ha hecho por recoger, ni conservar siquiera, las obras de platería y joyería, que tanta importancia tienen sin embargo para la historia de la civilización. Aun sin contar con la vergüenza de lo sucedido con las coronas de Guarrazar, y sin la pretensión de comparar las colecciones de alhajas y objetos preciosos de nuestros museos con las de otros más afortunados, bastará notar que no conozco ninguno de ellos que pueda al menos presentar una serie de las joyas españolas contemporáneas usadas por nuestras clases populares, para estudiar las cuales y reunir los datos que de su estudio deben sacarse hay que hacer nada menos que un viaje a Londres, cuyo Museo de Kensington las ha recogido y tiene expuestas (el año pasado, en la sucursal del barrio de Bethnal-Green); como las tiene de nuestra cerámica ordinaria actual, algunos de cuyos tipos, quince años después de formada dicha colección, es ya casi imposible encontrar en España. Ya se comprende que de todo esto es causa nuestro atraso y la ignorancia de muchas de las personas dedicadas a la arqueología y que tienen a su cargo los museos; no, como suele decirse (cómoda excusa), nuestra falta de medios. No hay para qué recordar más hondos contratiempos aún: v. gr., nuestros más opulentos magnates y prelados vendiendo cálices, tapices y viriles, etc., etc.

Y sin embargo, ¡cuánto queda todavía! Los tesoros de las catedrales de Oviedo, Sevilla y Toledo, para no mencionar sino las de más importancia en este sentido, expoliadas y saqueadas por propios y extraños como están, no tienen quizá hoy todavía rivales en los de ninguna otra nación. Para su estudio no hace falta, en verdad, que el Estado se incaute de ellos; basta que los mismos cabildos los cataloguen y expongan con mayor holgura y mejores condiciones, sin perjuicio por esto de los fines religiosos, confiándolos siempre a persona perita, que podría ser, bien un capitular, bien un empleado dependiente de la corporación y nombrado por ella. Si para el efecto hace falta que el Estado auxilie con medios pecuniarios y quizá hasta con una guardia en ocasiones, hágalo sin demora; a esto debe limitarse.

No todas nuestras catedrales poseen tesoros tan ricos y abundantes como las indicadas; pero casi todas, y aun muchas iglesias de menor importancia, tienen una *Custodia* de mérito arqueológico. Sabido es que este nombre designa una alhaja casi peculiar a nuestro país (1): el templete destinado a albergar el viril ó ostensorio donde se expone la Sagrada Forma y se lleva especialmente en procesión en la fiesta del Corpus. Estos templetos, ó más bien, series de templetos sobrepuestos en forma de pirámide escalonada, son, ya de oro, ya de plata al natural, ó sobredorada, y están adornados con nielos, esmaltes y hasta pedrería; su estilo es el último gótico, el del Renacimiento, ó el plateresco, que combina a entrambos, y que de estas y otras alhajas pasó tal vez a la arquitectura monumental, dando nombre a sus ejemplares de este tipo. Su origen, por tanto (al menos no se conserva resto ni mención de anterior fecha), data de fines del siglo xv ó principios del xvi, perteneciendo a esta época las más importantes obras que han logrado sobrevivir a tantas guerras, revoluciones, desórdenes, hurtos y rapiñas. A veces, se ha añadido a las custodias, ya unas andas, de plata también, y hasta un baldaquino completo, como en Palencia, a fin de llevarla en procesión, ya un carro de madera dorada y plateada con el propio objeto; pero estas adiciones, algunas de ellas tan ricas como las de Cádiz ó Zamora, son por lo común muy posteriores, churri-

(1) En Italia las hay, pero de forma de viril: sirva de ejemplo la de la catedral de Padua, que se tiene por la mejor.

guerescas casi siempre y de escaso interés artístico. Otro tanto puede decirse de las campanillas contemporáneas de las andas, ó aun posteriores, con que, siguiendo el gusto que puso estos adminículos de moda, se han estropeado frecuentísimamente los más hermosos ejemplares de este género. No dejaría, sin embargo, de tener utilidad el estudio de esta moda.

Las custodias góticas y las plate-rescas pueden bien comprenderse en un solo grupo, atendiendo á que en unas y otras preponderan las formas ojivales, hasta el punto de que, á veces, el primer aspecto es idéntico en ambos tipos y sólo una observación atenta revela que, por ejemplo, son flameros los que nos parecían pináculos; y que los motivos de las cresterías, doseletes y portadas, combinados al modo ojival, están, sin embargo, tomados del gusto clásico. Las estatuillas que las decoran corresponden generalmente, en su tipo, al estilo flamenco, característico del último período de la escultura gótica entre nosotros y representado por Gil de Siloe y Enrique Egas; ya veremos después cómo las custodias de la región oriental forman excepción de esta regla.

Entre todas las que se conservan, son las más importantes las de Toledo, Córdoba, Sahagún, Cádiz, Salamanca, Zamora, Toro, Barcelona, Gerona, Vich y Palma de Mallorca (1).

La primera es la de mayor interés, salvo quizá la de Córdoba, cuya finura parece también mayor por ser de plata al natural, mientras que aquella está sobredorada, aunque no primitivamente, sino desde 1595 tan sólo, por Valdivieso y Merino, que dejaron en blanco algunas partes, incluso el plinto añadido entonces. Mandó hacer la obra el cardenal Cisneros, eligiendo, en concurso con los proyectos de otros dos extranjeros, Copin y Juan de Borgoña, el de Enrique Arfe, el famoso platero alemán, venido á España á fines del siglo xv y fundador de la gloriosa dinastía de su apellido, connaturalizada luego en León. Trabajó en ella desde 1517 á 1525, auxiliándolo Lainez para las piezas de oro y pedrería, v. g. el viril (que como en tantas otras partes, se dice hecho con «el primer oro que vino de América») y la hermosa cruz del remate (2). Es de estilo gótico conopial, de planta exagonal, casi 3" de altura y tres cuerpos sobre un zócalo enriquecido con relieves: el primero de estos cuerpos guarda el viril, y el segundo, la imagen del Salvador resucitado; y tal es la delicadeza de sus doscientas sesenta estatuas, de sus arcos, cresterías, pilares, contrafuertes y pináculos, que parece imposible compongan un peso total de 192 kilogramos, 178 de plata y de oro el resto.

La custodia de Córdoba, obra del mismo autor, es algo más antigua (de 1513), de plata en blanco, como ya se ha indicado, y completamente análoga en su disposición y estilo. Las principales diferencias están en el segundo cuerpo, cuya estatua central (de gusto barroco) representa la Asunción de la Virgen, en lugar de la del Salvador, que á su vez corona aquí la obra entera, mientras que una cruz remata la de Toledo, según queda dicho. El influjo del Renacimiento se advierte en algunos motivos y estatuillas, aunque las más de éstas corresponden todavía al último período gótico, que entre nosotros, como ya se ha dicho, tiene generalmente carácter flamenco. El riquísimo zócalo y pedestal sobre que descansa es admirable.

Aun era más antigua la de León, que desgraciadamente no existe, y primera, según parece, que hizo Enrique Arfe, pues consta que en 1506 trabajaba ya en ella (3). Del mismo platero es también la del antiguo monasterio de San Benito de Sahagún, conservada todavía en dicha ciudad; atribuyéndosele tal vez sin razón la de Zamora; y al propio estilo corresponden otras dos: la de Cádiz, que

(1) Excepto las dos últimas, todas he tenido la fortuna de verlas en mis excursiones con los alumnos de la *Institución libre de Enseñanza*. Las personas que quieran tener idea de ellas pueden acudir, además de Cean Bermúdez, de la *Notice des principaux orfèvres espagnols*, del barón Davilliers (1879) y del libro del Sr. Riaño sobre las *Artes industriales españolas* (inglés, 1879), á las fotografías, desgraciadamente sin escala, que ha publicado la casa Laurent, de las de Palencia, Sevilla, Cádiz, Sahagún, Zaragoza, Jaén, Avila y Córdoba; de algunas de las demás se han hecho también, pero en menor tamaño, en las respectivas localidades.

(2) Riaño, *ob. cit.*, p. 26, etc. La casa Laurent no ha publicado esta custodia, pero sí el fotógrafo de Toledo Sr. Alguacil.

(3) Cean, *Diccionario*, t. I.



HERNÁN CORTÉS, estatua en mármol de Vallmitjana Abarca

lleva el nombre de «el Cogollo» y se coloca en lugar del viril de costumbre, dentro de otra custodia mayor y de gusto clásico, que posee aquella catedral, y la de Salamanca, más pequeña que las anteriores, con serlo éstas asimismo en comparación con las de Córdoba y Toledo.

De las cuatro, la más auténtica (la de Sahagún) no es quizá la más importante (4). Perteneció al mismo tipo que la de Córdoba, está en blanco también como ella y es de tres cuerpos, pero en planta cuadrada; su estructura mucho menos graciosa y proporcionada, su poca esbeltez y altura en relación con el ancho del basamento, la hacen muy inferior á aquella, más que su sencillez y menores dimensiones. Sin embargo, la faja de la base, compuesta con follaje y figuras ya casi por completo del Renacimiento, está perfectamente tratada; y las estatuas, en corto número, que, por el contrario, conservan todavía cierto purismo gótico, son excelentes, sobre todo la del Salvador, que corona la custodia; en el segundo cuerpo se ostenta una de la Virgen en el mismo estilo. Por cierto, que, á pesar del inequívoco testimonio que de su legítimo autor, ó al menos de su época y gusto, da la obra misma y de la noticia concorde de Cean (5), en el zócalo de esta pieza se ha grabado, en la fecha que indica su segunda

(4) Fue hecha para el famoso monasterio de benedictinos, del cual la adquirió el Ayuntamiento en la cantidad de 10,000 reales.

(5) *Diccionario*, t. I, p. 58: «No ceden en delicadeza y mérito... las otras custodias que trabajó (Enrique Arfe) para las catedrales de León y Córdoba y para el monasterio de los benedictinos de Sahagún... La de Sahagún, aunque más pequeña, está muy enriquecida de adornos y torrecillas góticas.»

parte la inscripción siguiente: *Joannes de Arphe fecit An. 1441. A. S. Facundi, R. D. Pedro de Medina. - Josephus Serrano refecit Ann. de 1772. Antistite R. D. F. Anselmo Alvarez de Mendieta.*

Pero, ni esta custodia podía ser de Juan de Arfe, precisamente uno de los más eficaces agentes de la introducción del clasicismo en España, ni este artista ejecutar la obra en 1441, tiempo en el cual no había nacido (6). La inscripción es, pues, á todas luces inexacta; probablemente, la inmensa fama de Juan de Arfe había oscurecido la de su abuelo en la época en que se grabó.

Aunque mucho mayor que esta custodia, queda por bajo de ella la de Zamora, en blanco también, salvo algunos relieves y estatuillas doradas; sus proporciones, muy poco graciosas, nada ganaron con el cuerpo inferior barroco que posteriormente se le añadió y cuyo gusto es análogo al altar de plata repujada, de 1598, sobre que se la expone en las solemnidades. No es menos barroco por cierto el pedestal agregado al «Cogollo» de Cádiz: custodia que, en cambio, ofrece las más bellas formas. Tiene dos cuerpos, está dorada y coronada por una cruz de amatistas, de fecha posterior; las estatuillas ofrecen menos carácter que las de Sahagún, indudablemente superiores.

La de Salamanca, casi toda sobredorada, es de planta octogonal, de un metro de altura, distribuido en cuatro cuerpos, y una de las que presentan menos fundidos entre sí el elemento gótico y el clásico, hasta el punto de que á primera vista, el cuerpo inferior, perteneciente al último de los dos estilos, con sus columnas balastradas y su coronamiento de bichas y medallones, podría pasar á primera vista por una adición posterior á los otros tres. En éstos dominan, por el contrario, las formas ojivales flamencas, visibles sobre todo en las ocho estatuillas adosadas al primero de los tres, bajo sus correspondientes doseletes. En el templete inferior, cuya altura (más de 0",60) excede á la de los otros tres sumada, se coloca la Sagrada Forma; y la obra toda lleva por coronamiento el jarrón de azucenas, emblema usual de nuestras catedrales, pero que en ninguna de las otras custodias aparece (7).

La colegiata de Toro, que tan profundo interés encierra para la historia de nuestra escultura, así como de uno de los más importantes ciclos de nuestra arquitectura, — el formado principalmente por ella y la catedral de Zamora, alrededor de la vieja de Salamanca, — posee también un excelente custodia, obra en blanco de Juan Gayo en 1538, y que es un ejemplar de los más característicos para estudiar la transición del estilo gótico al del Renacimiento; también tiene sus

andas churriguerescas de plata repujada.

(Concluirá)

F. GINER DE LOS RÍOS

VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

Los Samals, hostiles á todos los indígenas, son también intrépidos y más laboriosos, y ocupan por sí solos la isla de Samal, en el golfo de Davao. He hallado una de sus sepulturas en el mayor de los islotes de Malipano, constituido por la parte culminante de un inmenso banco de políperos, alrededor del cual apenas hay un metro de agua. Esta posición indica la manera de formarse el islote, producido indudablemente por un levantamiento, pues el suelo está cubierto de rocas madreporicas, llenas de grutas y de grietas, donde es evidente la acción del mar. Lo muy marcado de estos vestigios, y la vigorosa vegetación, sin árboles seculares, indican cla-

(6) Nació en León en 1535 y murió, no se sabe si en Madrid ó en Segovia, entrado ya el siglo xviii, según Cean. A ser exacta la referencia de éste, la custodia, si es obra de Enrique, tampoco puede ser de 1441, como asegura la inscripción, pues aquél debió nacer en Alemania entre 1470 y 1480.

(7) Aunque he visto esta custodia varias veces, no tenía notas de ella, ni se hallan en Cean, ni aun en la reciente *Guía de Salamanca* del Sr. Araujo; habiéndome servido para completar mis recuerdos de las noticias que han tenido la bondad de facilitarme el erudito cronista de aquella ciudad D. Manuel Villar y Macías y el señor sacristán mayor de la catedral y que publico casi literalmente.

ramente que la fecha del levantamiento es moderna, hecho normal en esta región volcánica, sacudida diariamente por los terremotos.

En el centro del islote, á pocos pasos de la plaza, y debajo de una especie de gruta formada por una roca madreporica, descubro un verdadero osario: este albergue, de unos cuatro metros de altura por dos ó tres de profundidad, sirve de cementerio á la tribu vecina, que sin duda no deposita aquí más de un muerto al año. En el centro hay muchas osamentas rotas, confundidas con los detritus; en una especie de angarillas cubiertas con *palma brava* (1) veo dos ataúdes sobrepuestos, en los que se ha depositado una ruca, un poco de abaca para hilarla, un cestillo que contiene todos los ingredientes del betel, y dos copas de porcelana china, llenas un día de arroz, que hace mucho tiempo se comieron las aves.

Los ataúdes afectan la forma de las piraguas del país; están contruidos con un tronco duro, y cerrados por una tapa que se ajusta exactamente, sujeta con bejucos. Los cadáveres están envueltos y estrechados como momias en una especie de sudarios cubiertos de esterillas.

Los Tagacaolos (talla media, 1,524 milímetros en los hombres), inferiores á las tribus vecinas, á las cuales temen mucho, habitan en las estribaciones del Apó, entre Cauti y Malalac, cerca de los *Bilanes*; estos últimos, reducidos á unos pocos grupos sin importancia, son los parias de la región.

Los traficantes Bisayas y los moros explotan vergonzosamente á todos los Infieles y los engañan de una manera odiosa en todas las circunstancias posibles: he aquí un ejemplo.

Cierto día, habiendo emprendido una excursión á la costa oeste del golfo, mi piloto bisaya me invitó á anclar cerca de un pequeño caserío, alegando varios pretextos, evidentemente falsos. Curioso por conocer el motivo de su insistencia, díle orden de abordar, y no le perdí de vista. Apenas llega la noche, mi piloto se desliza misteriosamente en una caseta, y yo le sigo, de repente, la rama resinosa que iluminaba el interior se apaga; una mano me guía en la oscuridad, y á los pocos instantes,

(1) *Corypha minor* (Palmeras).



Viaje á Filipinas. — Abrigo sepulcral del islote Malipano (golfo de Davao)

encendida de nuevo la luz, hállome en un estrado de bambú, entre dos bagobos; una treintena de chiquillos, de mujeres y de esclavos están sentados en el suelo, y mis remeros, agrupándose á la puerta, miran con mucho interés. Poco á poco comprendo la escena: apro-

vechando su viaje, mi piloto ha venido á concluir un negocio después de estar en tratos largo tiempo: ha pedido la mano de la hija de la casa. Según la costumbre de estos indígenas, la luz se ha apagado á fin de que la joven tuviera tiempo de ocultarse detrás de uno de los pilares que forman saliente en la casa.

Sacando partido de mi presencia, el piloto hace su demanda en buena forma; expone su situación, sus esperanzas, el número de platos que dará á los padres; y pinta con vivos colores la feliz existencia que destina á su futura esposa.

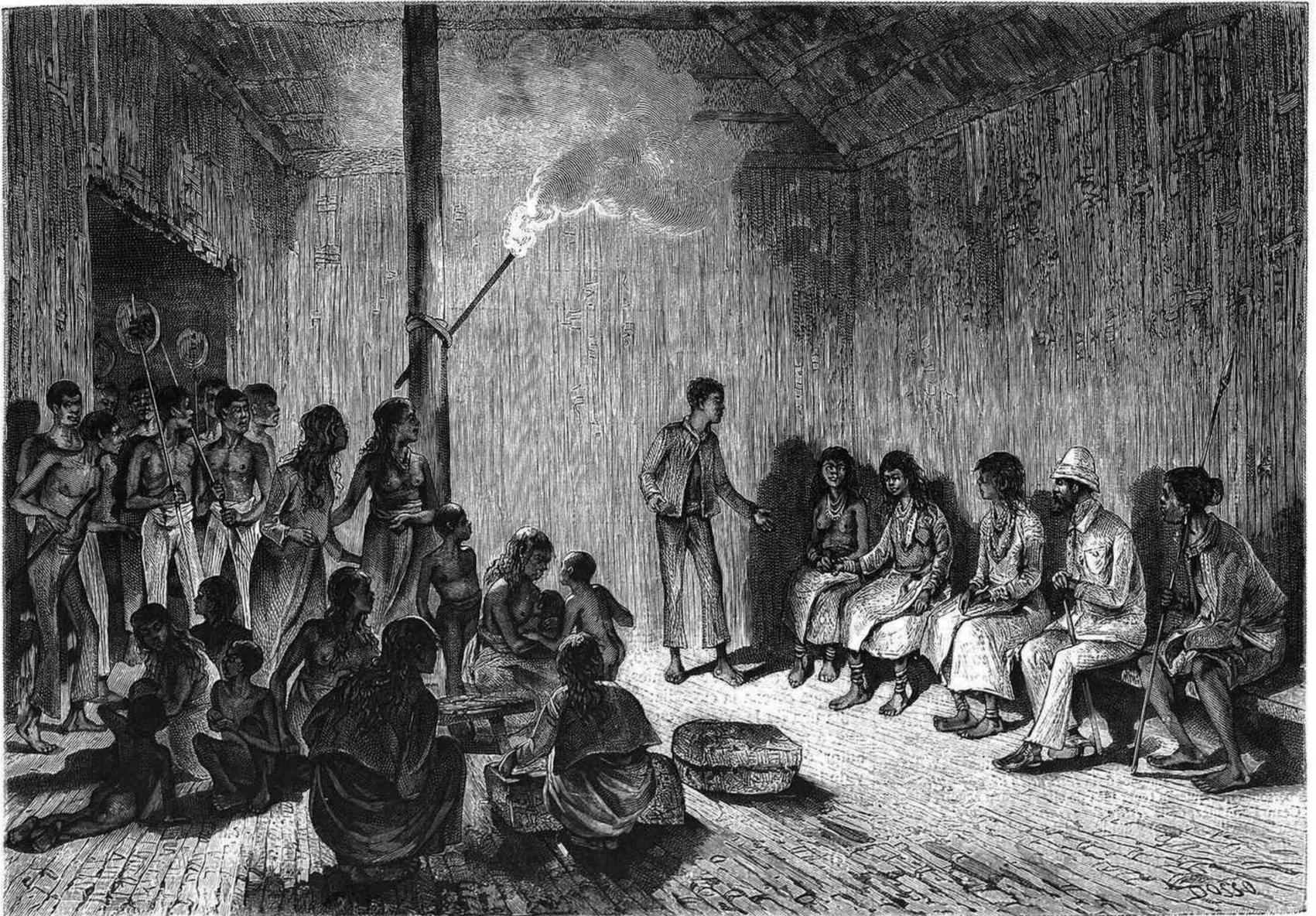
Varios parientes toman la palabra después, y el hijo mayor parece resumir los debates: está grave y solemne; una demanda tan cortés le parece que debe ser aprobada por la familia, dándose una respuesta favorable; pero su hermana es dueña de su corazón, y sólo ella puede disponer de él. Dicho esto invítala á salir de su escondite para hablar libremente delante de la familia reunida. La joven resiste algún tiempo, mas al fin viene á sentarse junto á nosotros, estimulada por las ruidosas exhortaciones de las mujeres y de los esclavos. Reina entonces el mayor silencio; la joven tiene la palabra, y después de un breve intervalo, dice que no opondrá una negativa absoluta.

El piloto da las gracias y me dice que se casará dentro de quince días.

Esta escena nos da á conocer uno de los numerosos procedimientos que para explotar á los salvajes emplean sus vecinos más civilizados. Para los Infieles estos casamientos son legítimos, mas no indisolubles, porque admiten el divorcio, aunque sólo cuando median graves motivos. Para el bisaya, por el contrario, la unión con una infiel carece de importancia, y sin escrúpulo trocará su mujer por algún costal de arroz. Ni siquiera tiene en cuenta los regalos, por más que no sean insignificantes, pues un bagobo se creería deshonrado si poco después de la boda no diese á su yerno un valor en caballos, resinas y otros artículos, por lo menos equivalente al que na recibido del novio. Entre los bagobos

no sucede así: el esposo que repudiara ó vendiese á su mujer arbitrariamente, atraería sobre sí una venganza terrible; pero el traficante bisaya sale del paso eligiendo otro valle para su comercio.

(Continuará)



Viaje á Filipinas. — Demanda de matrimonio entre los Bagobos (Mindanao)